

Granada abierta

# Empleo

Pascual Rivas Carrera



En un análisis detallado encontraríamos más tipos de empleo que los que se pudieran imaginar, desde casi la esclavitud al autoempleo, y todo ello en el mundo occidental moderno. En nuestra cultura el trabajo es un derecho, que equivale al de desarrollar las capacidades de la persona. Sin embargo, no hay que olvidar que nace como una maldición bíblica que coincide con la expulsión del hombre (habilis, erectus, antecesor, rhodiense, neandertalense, sapiens) del Edén, de forma que en el "subconsciente" social de los pueblos "del Libro" queda ese peso y también lo contrario: en algún momento el hombre no tuvo que trabajar para vivir. En este supuesto se aspira a un nuevo Edén en el que no exista el trabajo y sí la felicidad. Por alguna razón que desconozco, en el infierno el castigo que debería ser el trabajo eterno, es quemarse. Misterios.

No sabría decir cuándo buscar comida se transformó en trabajo, cuándo la subsistencia pasó a acaparar bienes. El trabajo, en su forma actual, es un concepto neolítico, en una sociedad especializada y jerarquizada, en la que hay acopio de bienes para épocas de escasez, esto es, sociedades que viven en medios inhóspitos, para el número de individuos, y

que tienen que acumular, por medio del cultivo o la ganadería, en épocas de abundancia (verano, otoño, buenos años..., rabiña, guerra...) para sobrevivir en épocas de escasez. Vivir de forma que la inteligencia y la organización social aporten alimentos y materiales muy por encima de los inmediatos, los recolectables. Desgraciadamente con el tiempo se ha perdido la relación directa de la actividad humana con la supervivencia, y el enriquecimiento se ha convertido en un fin en sí mismo y, el trabajo de muchos, en una forma de conseguirlo. Lo que se pen-

só para dar estabilidad a la sociedad frente a los avatares ambientales y sociales pasó a ser una forma de dominio de unos hombres sobre otros.

Con el tiempo al dominio y explotación obtuvieron una respuesta y el sistema productivo se normalizó, no sin lucha, se organizó según normas y reglas arrancadas a los poderosos, a su avaricia. El equilibrio alcanzado es siempre inestable y a cada crisis o disminución de beneficios aparece inmediatamente la propuesta de hacer recaer sobre los trabajadores el peso de la recuperación.

El momento actual no es una excepción y el subconsciente ha jugado una mala pasada a los empresarios que en vez de proponer negociar una mejor regulación del mercado de trabajo, han apuntado directamente a sus intereses más inmediatos, abaratar el despido, lo que es casi una anécdota frente a los problemas del paro y la precariedad laboral. La idea corresponde a una solución, la más fácil, para que el capital pase mejor la crisis: quedarse con parte de las plusvalías generadas en el tiempo que pertenecen a la parte laboral. La indemnización por despido es un tanto del salario del tra-

bajador, diferido al momento de la ruptura de su contrato bajo ciertas condiciones, no es como parecen suponer los empresarios una concesión puramente política. Algo no muy lejano a las pensiones.

El futuro, a no mucho tardar, requiere propuestas y acuerdos sobre sistemas más flexibles de empleo, cuanto menos parecidos a la dinámica empresarial y a las innovaciones tecnológicas. Es inimaginable que estos cambios no afecten a la duración de los contratos y sobre todo a la formación del trabajador. Hasta ahora la formación continua correspondía, en buena parte, a iniciativas empresariales, en casos sindicales, que adaptaban la mano de obra a las nuevas tecnologías. Esto ya no basta, la adaptación requiere en muchos casos de nueva formación básica y eso implica al propio trabajador de forma mucho más activa.

Como no hay nada nuevo bajo el sol, hace más de treinta años, ya con un buen conocimiento de las expectativas de vida y de vida laboral, se propuso, a semejanza de los años sabáticos de los docentes, la posibilidad de que los trabajadores usasen "a cuenta" años de jubilación para mejorar su situación, vital, formativa, laboral...El BBVA ha retomado la idea y presenta un plan que aislado puede ser criticable, pero que en el seno de un nuevo ordenamiento laboral y empresarial es un soplo de aire fresco, por lo diferente. Mucho mejor que las propuestas maximalistas que escuchamos para hacernos los sordos.

## La corriente alterna

Enrique Bonet



# Los dos partidos únicos

Matías Vallés



En unas elecciones europeas que invitaban al desenfado y al desistimiento —el cliente o votante siempre tiene la razón—, casi ningún país ha experimentado la concentración de voto recogida en España, con un 81 por ciento de los sufragios en manos de PP y PSOE. La extrapolación a unas generales es absurda, pese a los amagos conservadores por exagerar su victoria, pero los comicios parlamentarios españoles se asemejarán a los continentales con mayor fidelidad que en cualquier otro miembro de la Unión Europea. España siempre vota lo mismo, los márgenes entre los dos partidos únicos son menos importantes que su hegemonía. ¿Sería imaginable que los Verdes españoles, presentándose en solitario,

alcanzaran el 16 por ciento de los sufragios, como ha ocurrido en Francia con la lista capitaneada por Daniel Cohn-Bendit?, ¿o que el partido en el gobierno, ya sea popular o socialista, se derrumbe hasta el 16 por ciento, porcentaje obtenido por los gobernantes laboristas en el Reino Unido?

Se felicita con efusividad a Rosa Díez por su asalto a la tercera posición entre las fuerzas políticas estatales, cuando no alcanza el tres por ciento de los sufragios. Ocupa la franja del exótico partido inglés que anunció que se negaría a enviar a Bruselas a los diputados que obtuviera, para reafirmar su rechazo a la UE. En los países vecinos, UPyD no alcanzaría ni el sexto puesto entre las candidaturas presentadas. Se incide con razón en las enseñanzas que el PSOE debe extraer de su derrota, pero se olvida que ha obtenido mayores porcentajes que Sarkozy, Berlusconi o Merkel. Casi triplica a los laboristas británi-

cos y a los socialistas franceses, que impresionaron al mundo con Segolène Royal —los asesores de Obama se desplazaron a Francia para documentarse sobre su campaña—. En Europa ha habido listas ganadoras con el 22 por ciento de los sufragios, la mitad de los recaudados por el PP. El disciplinado alineamiento español contrasta con la fama de anárquicos que persigue históricamente a sus habitantes.

Para abarcar la magnitud de la concentración del voto español, ninguna lista francesa ha superado el listón del treinta por ciento en las europeas, a lo largo del último cuarto de siglo. PP y PSOE rebasan ese listón regularmente, una caída por debajo del mismo revestiría proporciones de catástrofe. Incluso la apelación a la transversalidad de Rosa Díez es un guiño al elector, una forma de tranquilizarlo con la sugerencia de que no traiciona a los partidos únicos. Tras la infidelidad temporal con UPyD, podrá regresar a la ac-

gedora formación de origen, ya sea PP o PSOE, a condición de que la formación recapacite sobre su actitud en los asuntos de conflicto. Por supuesto, esta temporalidad constituye la segunda mayor amenaza para la pervivencia del partido de nuevo cuño. La primera incertidumbre proviene de la pinza que ejecutarán socialistas y conservadores, para abortar una progresión que incomoda a ambos.

Ni siquiera la frivolidad de las europeas —España aporta un siete por ciento de eurodiputados, los mismos que una Polonia a la que dobla en participación electoral— ha propiciado la dispersión del diletantismo. El sistema de los dos partidos únicos tiene repercusiones individuales en el liderazgo. Con un mapa más diverso, Rajoy y Zapatero no llevarían seis años al frente de sus partidos respectivos. La limitación del mercado partidista amordaza la disidencia, que nunca cuenta con un horizonte efectivo donde mate-

rializar sus insinuaciones de escisión. Las primarias se contemplan hoy como un espejismo desaconsejable, por los costes en la solidez de un bipartidismo que contrae el número de líderes políticos de relevancia. Rajoy tapona a Rato y Gallardón, que ni en sueños plantearían una alternativa extramuros del PP.

Gracias a la polarización del electorado, el PSOE no ha obtenido el mejor resultado entre los gobiernos de la Unión, pero sí entre los partidos progresistas de relevancia. Al hablar de bipartidismo, Estados Unidos se presenta como un competidor imbatible, pero España ya le aventaja en la consolidación del fenómeno. Los desmanes de Bush han reducido la proporción de quienes se declaran Republicanos de uno de cada tres a uno de cada cuatro norteamericanos. La cuota de los estadounidenses que se proclaman independientes supera ya al número de españoles que votan a siglas distintas de PP y PSOE.